

ta Arellano, con inmejorables argumentos, una interpretación de la obra de Lope que, pese a su mal fundamento, se ha venido arrastrando durante siglos. Esta nueva explicación de los versos permite, después, editarlos, puntuarlos y ordenar su disposición de un nuevo modo, pero también entenderlos y, por ende, anotarlos correctamente aclarando pasajes oscuros o que, sencillamente, no se habían entendido.

La soberbia edición que Ignacio Arellano ha preparado de las *Rimas humanas y divinas* de Lope de Vega marca, pues, un hito en el campo de la edición de los textos auriseculares tanto por motivos hermenéuticos como textuales, aspectos que resultan indisolubles, como muy bien demuestra su editor.

Alejandra Ulla Lorenzo

Universidad Internacional de La Rioja
alejandra.ulla@unir.net

Arellano, Ignacio, ed.

Francisco de Quevedo. *El Parnaso español*. 2 vols. Colección BCRAE. Madrid: Espasa, 2020. 1538 y 373 pp. (ISBN: 978-84-6706-050-8)

El año 1648 Jusepe Antonio González de Salas publicaba *El Parnaso español, monte en dos cumbres dividido, con las nueve Musas castellanas*. Continua-

ba el humanista madrileño, amigo de Quevedo, la labor iniciada por este de recoger y editar sus poesías, tarea que interrumpió la muerte. González de Salas retomó el empeño y siguió el esquema trazado por el poeta de dividir las en nueve Musas, de las cuales preparó las seis primeras, dejando el resto para el sobrino de Quevedo, Pedro de Aldrete, quien en 1670 dio a la imprenta *Las tres Musas últimas castellanas*. Las ediciones del *Parnaso* y las *Musas* fueron reimpresas por los editores posteriores de la poesía quevediana, hasta que apareció la *Poesía original* (1963) y luego la *Obra poética* en cuatro volúmenes (1969-1981) de José Manuel Blecua, que adoptó un criterio temático. Recientemente han aparecido ediciones críticas y anotadas de varias de las Musas: *Clío* (Arellano y Roncero), *Polimnia* (Rey) y *Erato* (Rey y Alonso). Pero se necesitaba una edición completa del *Parnaso* con una completa anotación que ayudara a comprender mejor el complejo universo poético quevediano. Ese vacío lo vienen a llenar de manera admirable los dos imponentes volúmenes –obra mayor sin duda de la filología hispánica– de Ignacio Arellano que acaba de sacar a la luz la Real Academia Española, en una publicación que supone una cima de la extensa tarea de investigación del profesor Arellano, indispensable referencia del quevedismo, tanto en su produc-

ción científica particular como en la fundación de la revista *La Perinola*.

El primer volumen recoge los 554 poemas y los más de 25 000 versos que editó González de Salas con las correspondientes introducciones a cada una de las seis Musas. En un apéndice se publican 10 poemas más muy conocidos de Quevedo, pero que no fueron recogidos en *El Parnaso*: “A fugitivas sombras doy abrazos”, “Quien quisiere ser culto en solo un día”, “Yo te untaré mis obras con tocino”, entre otros. Cierran este primer volumen los índices de notas y motivos anotados, y de primeros versos. El volumen se inicia con una “Presentación”, en la que Arellano nos introduce en *El Parnaso*, poemario que considera, junto con el manuscrito Chacón de las obras de Góngora y *Rimas de Burguillos* de Lope de Vega, las tres colecciones más importantes de la poesía española del Siglo de Oro. Adelanta en estas breves páginas la parte central de su análisis de la poesía quevediana, desarrollado ampliamente en el volumen segundo, basado en la lectura conceptista.

Arellano edita *El Parnaso español* completo con los comentarios de González de Salas tomando como base un ejemplar de la Biblioteca Menéndez Pelayo en Santander, cotejado con otros de la Biblioteca Nacional de España y de la biblioteca de la Real Academia Española. El valor de la

edición descansa en dos columnas fundamentales: el cuidado texto de los poemas y su anotación. Un detalle importante es que en ciertos casos Arellano edita, además de la versión impresa en *El Parnaso*, otras recogidas en manuscritos o ediciones posteriores, que presentan variantes frente a los del poemario editado en 1648. Así tenemos el soneto 8 “Tú solo en los errores acertado” (37), conservado en un manuscrito de la Biblioteca Colombina con variantes ya en el primer verso: “Tú que hasta en las desgracias invidiado” (37-38); o el siguiente soneto dedicado a Felipe IV “Escondido debajo de tu armada”, del que conservamos una versión anterior publicada en *Flores de poetas ilustres* (Valladolid 1605). Estos y otros casos sirven para apreciar la reescritura quevediana de sus poemas y desmentir opiniones que negaban una atención cuidadosa por parte de Quevedo en la revisión de sus obras.

La gran aportación de Arellano es, sin lugar a dudas, la rigurosa y esclarecedora anotación de los 554 poemas de este primer volumen. Todos asumimos la enorme dificultad de la poesía de Quevedo, mucho más puesto que hemos perdido muchas de las claves culturales que nos ayudarían a desvelar las redes de sentidos creadas por el poeta madrileño, pero que se nos escapan. A partir de aquí, Arellano lleva a cabo una lectura conceptis-

ta de los poemas, que aclara muchos elementos y facilita la comprensión del universo quevediano. La mayoría de los poemas vienen introducidos por un breve párrafo que informa de las posibles fuentes y se dan otros detalles pertinentes para su discernimiento y ubicación en la tradición poética, tanto quevediana como de la poesía europea clásica y renacentista. Las notas constituyen el núcleo central de esta edición, y el editor se enfrenta a ellas teniendo en cuenta las ediciones anteriores, procurando evitar lo que Arellano denomina “notas hipertrofiadas” (115, vol. complementario), que exhiben un exceso de erudición farragosa, innecesaria para el lector no especializado e, incluso, en ocasiones también para el especialista. El editor busca una anotación completa, “ligera [...] y lo más precisa posible” (110, vol. complementario). La sección donde las notas son más necesarias y complejas es la correspondiente a la musa Talía, “que canta poesías jocosas, que llamó burlescas el auctor” (741); es el área más abundante en la poesía quevediana y la que presenta más dificultades de comprensión para el lector moderno. Aquí se encuentran algunos de los poemas más famosos de Quevedo como el “Érase un hombre a una nariz pegado” (759-60), del que se reproducen las dos versiones existentes, o el dedicado a la leyenda de Apolo y

Dafne, que comienza: “Bermejazo platero de las cumbres” (784-85). Estos poemas ponen a prueba la capacidad de síntesis y el conocimiento del mundo poético quevediano por parte del editor moderno. Arellano conjuga a la perfección la brevedad de la nota con la exactitud en la clarificación de las alusiones y juegos conceptuales. Un ejemplo lo tenemos en el último terceto del citado soneto “Bermejazo platero de las cumbres”: “Astucia fue de alguna dueña estrella, / que de estrella sin dueña no lo infiero: / Febo, pues eres sol, sírvete della”. La nota correspondiente resuelve la red de semejanzas establecidas por Quevedo: González de Salas apostilla al verso 14 que el sol es “Rey de todas las estrellas”, y, por tanto, puede servir de ellas como de terceras; una estrella sin dueña, sin embargo, no podría servir bien de alcahueta. Hay que tener en cuenta sobre todo que era lugar común calificar a las estrellas de *terceras*, ya que las constelaciones influían en la buena o mala marcha de los amores.

La conciliación de tarea ecdótica y precisión interpretativa le permite realizar unas cuantas enmiendas que restauran indudablemente algunos pasajes notables de estos poemas.

El volumen complementario se inicia con un esclarecedor repaso a la historia editorial de la poesía de Quevedo, empezando con *El Parnaso espa-*

ñol y terminando con las últimas ediciones de algunas de las musas que han salido a la luz en los siglos XX y XXI: *Clío*, *Erato* y *Polimnia*. Se establecen también los tres grupos fundamentales en los que se divide la producción poética quevediana: “poemas que corresponden a categorías éticas”, es decir: poemas religiosos, neoestoicos y heroicos; poemas amorosos, bien de tradición petrarquista, del amor cortés o derivados de la poesía erótica latina; y los satíricos y burlescos.

El primer apartado se centra en “el universo serio de los poemas heroicos, morales y religiosos” (14-36). Arellano analiza la poesía moral y satírica como variaciones del tratamiento de los sistemas de valores filosóficos y religiosos de la época; ambas con una finalidad pragmática: modificar y mejorar la realidad (14). En esta concepción la poesía satírica se presenta como una variedad de la moral, de la que se diferencia por el estilo: el grave o elevado para la moral; el bajo para la satírica. Quevedo continúa la tradición de las sátiras de Persio, Marcial y Juvenal, aunque bebió también de los textos de Séneca y Epicteto. Las poesías éticas y morales abordan, según el editor, temas que tienen que ver con el sentido de la existencia humana, la presencia de la muerte y la fugacidad o fragilidad de la vida. Destacan en este apartado dos textos fundamentales: “Sermón estoico” y

“Epístola satírica y censoria”, en los que se aprecia el modelo horaciano. En este grupo de poesías hace hincapié Arellano en la importancia de la poesía histórica, que presenta elogios/panegíricos de soberanos, y muestra añoranza por el pasado imperial, aplicando el concepto ciceroniano de la historia como *magistra vitae*. Entre estas poesías se dedica especial atención al poema de la jura del príncipe Baltasar Carlos, al soneto en el que se establece una comparación entre Richelieu (el mal valido) y Olivares (el buen valido), y al soneto dedicado al duque de Osuna, que es definido como poema moral (31).

El siguiente grupo de poemas analizado es el de los amorosos. El primer punto que quiere dejar claro Arellano es que, frente a lo que se ha escrito, no se da una incongruencia entre los poemas misóginos y los amorosos, pues el “cultivo de diversos géneros lleva aparejado el cultivo de diversos registros temáticos y expresivos” (36). La poesía amorosa quevediana se inserta en la tradición barroca en la que se combinan el amor cortés, a través de la poesía cancioneril castellana del siglo XV, la poesía petrarquista y los poetas eróticos latinos, enmarcados todos en una tradición neoplatónica. Analiza después el editor los tres elementos básicos de esta poesía: la amada, caracterizada por su belleza, siguiendo la tópica petrarquista (aunque la inge-

niosidad barroca la altera con poemas dedicados a mujeres bizcas, tuertas o ciegas); el amante se enfrenta a una amada cruel y desdeñosa siguiendo el modelo platónico y petrarquista espiritual; y el amor cortés cuyo rasgo definitorio es el dolor, la violencia, la frustración (44).

El tercer grupo –los poemas satíricos y burlescos– constituye el área más abundante en la poesía de Quevedo, territorio en el que Arellano se mueve con especial dominio –baste recordar su clásico e indispensable estudio de la *Poesía satírico burlesca de Quevedo*, ya de 1984, reeditado en 2003 por Iberoamericana/Vervuert–. Arellano destaca cómo su sátira abordó casi todos los asuntos posibles que demostraban el caos de la sociedad barroca, excepto la monarquía, la milicia y la Iglesia. El editor clasifica la temática de la sátira: diversas formas de la degradación de lo erótico; temas costumbristas; oficios y tipos ridículos; temas morales; y otros menos frecuentes que satirizan figuras y mundos marginales. Lo que une a todos ellos es la idea quevediana de la ubicuidad del interés y el egoísmo, encarnados en la temática del dinero que todo lo puede. A continuación, Arellano va desbrozando los distintos apartados temáticos; especial interés se concede a lo relacionado con el erotismo: sátiras contra la mujer y el matrimonio, con especial énfasis en

la venalidad y la codicia, el adulterio, la hipocresía (abuso de afeites y postizos); la ridiculización de las viejas. El editor dedica páginas interesantes a la sátira de oficios y tipos ambientadas en Madrid, que emplea en defensa del orden monárquico y nobiliario: funcionarios de justicia, médicos, falsos nobles, etc. Unos valiosos apuntes sobre la lengua y el estilo burlescos que Quevedo utilizó para sumergirse en los terrenos del infrarrealismo dan fin a esta sección.

La segunda parte del estudio introductorio (“Sobre el conceptismo de Quevedo y la estrategia de la doble lectura”, 72-101) representa una novedosa aportación fundamental de Ignacio Arellano a las propuestas teóricas y prácticas sobre los requisitos necesarios para abordar la poesía –la literatura en general– del Siglo de Oro. Se postula ahí la existencia de una doble lectura de los textos clásicos: la lectura retórica centrada en determinados aspectos de la elaboración literaria; y la conceptista, que pretende “captar la estructura aguda de estas composiciones, la red de correspondencias mentales y de juegos verbales que hacen de la obra de Quevedo [...] una enciclopedia del ingenio” (73). A partir de este planteamiento, y basándose en la teoría de la agudeza expuesta por Gracián en su *Agudeza y arte de ingenio*, el editor desarrolla un esclarecedor análisis de la poesía que-

vediana a través de la agudeza conceptual y la agudeza verbal. Ciertamente para llevar a cabo estas interpretaciones el editor debe poseer un profundo conocimiento de los códigos culturales, de las costumbres, de los tópicos, del folclore de la época. La imponderable labor de Arellano, por tanto, consiste en descifrar para el lector las redes de correspondencias mentales que Quevedo utilizó en su poesía y que debemos conocer para poder disfrutar y comprender el universo poético del gran poeta madrileño.

En conclusión, estamos frente a una extraordinaria edición de uno de los tres poemarios fundamentales de la poesía barroca española. Ignacio Arellano pone en manos del lector, tanto del especialista como del simple amante de la poesía, la primera edición moderna completa del *Parnaso español*, publicado póstumamente en 1648. La rigurosa y erudita anotación nos transporta a los últimos recovecos del mundo poético quevediano, permitiéndonos disfrutar y aprender con la poesía de uno de los más grandes poetas en español, aquel al que Borges consideró como “una dilatada y compleja literatura”.

Ana Menéndez Collera
Suffolk County Community College
(New York, EE.UU.)
menendam@sunysuffolk.edu

Beltrán Almería, Luis, ed.

Mijaíl M. Bajtín. *La novela como género literario*. Trad. Carlos Ginés Orta. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza/Santander: Real Sociedad Menéndez Pelayo/Heredia: Editorial Universidad Nacional de Costa Rica, 2019. 694 pp. (ISBN: 978-84-17-87317-2)

Lukács, György. *La novela: destinos de la teoría de la novela*. Trads. Pilar Tejero Alfageme y Carlos Ginés Orta. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza/Santander: Real Sociedad Menéndez Pelayo, 2020. 190 pp. (ISBN: 978-84-1340-122-5)

Mijaíl Bajtín y György Lukács son figuras centrales en la historia de la teoría de la novela desde hace décadas. La publicación de dos nuevos volúmenes de sus textos, editados por Luis Beltrán, ofrece a los lectores en castellano una excelente oportunidad para evaluar la importancia real, más allá de clichés críticos, de estos dos pensadores. Estas nuevas traducciones hacen posible la lectura de varios textos inéditos de Bajtín y Lukács y, en el caso del primero, permiten además reevaluar ensayos anteriormente publicados en castellano en versiones un tanto deficientes, en particular las contenidas en la colección *Teoría y estética de la novela* (Taurus 1989). El análisis individual de Bajtín y Lukács, sin embargo, solo ofrece una visión